

—¡Cosas son estas muy propias del carácter, ingenio y mundo del señor Gobernador!

El desenlace de esta historia, que se desarrolló en los meses de Julio y Agosto de 1852, fué, primero, la presentación al Ministro Ramírez de la llave que se había echado, y des-

pués el nombramiento de la Corporación Municipal que funcionó el año anterior, para que substituyera á la que había sido disuelta y recibido el golpe de gracia del íntegro Gobernador Don José Miguel Azcárate.

Con esto doy fin al artículo relativo á los barberos.



XIII

EL CRISTALERO Y EL MERCERO.

EL CRISTALERO.—Este era un tipo original que sacaba provecho de su industria cambiando por ropa usada los objetos de su comercio, consistentes en una docena de

platos, una ó dos fuentes, media docena de pozuelos de filete dorado, algunos ternitos, nombre impropio dado al conjunto de dos objetos, como eran un plato y su taza, la que tenía estampado con letras doradas uno de estos nombres: *Pepita, Lupe, Chole, Concha*, etc., ó bien frases por este estilo: *no me olvides, cariño eterno, amor mío ó dueño amado*, y revueltos con todos estos objetos de porcelana otros de cristal como botellones, vasos de ante-

jo, por tener su fondo en forma de lente que hacía disminuir la imagen de los objetos que al través de ella se miraban, algunos saleros y vinagreras. Todo esto se hallaba contenido en una canasta, en cuya asa metía el brazo el cristalero para sostenerla y caminar con ella por las calles de la ciudad, con el cuerpo inclinado al lado con-

trario en obediencia del centro de gravedad, para lo que le daban eficaz ayuda dos ó tres vasijas, cuyo verdadero nombre por decoro no digo, que sustentaba con la mano que

el cesto le dejaba libre. Llevaba, además, al hombro algunas piezas de ropa ya cambiadas y sobre su sombrero de fieltro ó palma un sombrero alto de pelo, adquirido también por cambio.

Parábase en las puertas de las casas ó entraba en los patios de ellas y anunciaba su presencia gritando:

Cristal y loza fina que cambiar.

En unas casas nadie se fijaba en él, continuaba su camino, mas en otras hacíanle subir la escalera para llevar á efecto el uso interesante de la permuta. Entonces era digno de escuchar el típico diálogo entablado entre la ama de la casa y el cristalero.

Ella.—Vamos á ver, maestro (has de saber, lector querido, que todos eran maestros, cualquiera que fuese el ejercicio) qué cosas buenas me trae.



EL CRISTALERO.

El.—Vea la señorita estos vasos con antejo, de cristal de roca, muy finos; y diciendo esto daba un capirotazo al vaso que sostenían en la palma de la mano izquierda.

Ella.—¿Cuánto quiere por la media docena?

El.—*Pos* deme seis pesos por los seis vasos.

Ella.—¡A Dios! ni que fueran de plata.

El.—¿*Pos* cuánto quiere dar?

Ella.—Le daré dos pesos y eso porque no diga.

El.—Válgame la Virgen Madre! *pos* qué me los he *jayado* tirados?

Ella.—No, hombre, pero están muy caros.

El.—Vaya, ¿cuánto quiere darme su mercé en Dios y en *conciencia*?

Ella.—Hombre, yo no doy más de los dos pesos.

El.—*Pos* á ver, no tiene alguna ropita que *feriar*?

Ella.—Mucho le he juntado, maestro, y voy á traerlo, y diciendo esto dejaba solo al cristalero.

A poco regresaba la señora muy cargada de ropa y acompañada de una criada que traía un sombrero alto de pelo y unas botas de medio uso que no se ponía ya el señor porque le lastimaban los piés.

Ella.—Vamos, hombre, aquí le traigo muy buena ropa, casi nueva. Mire esta bata de señora ¿qué le dice?

El.—Ay señorita! si está *rompida*.

Ella.—¡A Dios! por un rasgoncito que tiene. Cualquiera le da á usted dos pesos por ella.

El.—*Pos* mire, señorita, siempre no.

Ella.—Vamos, y esta casaca de militar?

El.—¿*Quién quiere* que me dé por ese *repele* ni un peso, ahora que los *melitares* de su Alteza se la echan de *lao* con sus relumbros? No ve, señorita, que ese *guandambur* parece *jumado* de *purilito* viejo?

Ella.—¿Y para qué es la bencina, hombre, si no para volver lo viejo nuevo?

El.—Ni *an ansina*, señorita.

Ella.—Vaya, ¿qué me da por estos pantalones y estas botas?

El.—*Pos* le daré á su mercé por todo eso que está muy *desbelitado* este ternito.

Ella.—¡Pues hombre, no se pierde usted! Un cuarto de hora, lo menos, transcurría

en este interesante diálogo, ponderando ella las excelencias de las prendas viejas que ofrecía, y exagerando él los defectos de las que rechazaba, tratando de engañarse uno al otro, para obtener mayores ventajas. Al fin se despedía el cristalero dejando en cambio de las botas, de los pantalones y del sombrero, un par de vasos.



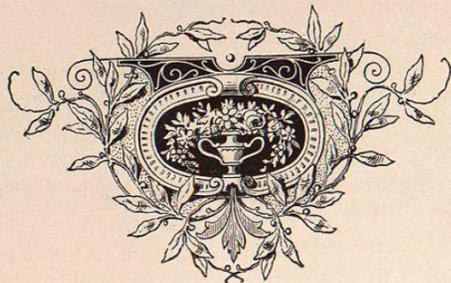
EL MERCERO.—Era un tipo muy semejante al anterior, con la diferencia de que éste no permutaba, sino que vendía sus mercancías. En la canasta que llevaba al brazo hallábase contenida toda una mercería. Agujas, alfile-

res, dedales, devanadores, tijeras, carretes y bolitas de hilo, horquillas, prendedores, aretes, Lavalles y Catecismos de Ripalda, de ediciones económicas, versos y ejemplares por Inclán y Sixto Casillas, juegos de la Oca y del Sitio de Sebastopol, juguetes para los niños y otras zarandajas; en tanto que su mano izquierda sostenía una vara de medir y un bastoncillo de madera del que pendían, en varios dobleces, embutidos y puntas tejidas para enaguas. De algunas casas salía como había entrado, sin vender nada, pero en otras solía hacer su agosto, cuando la gente estaba de humor para comprarle. La señora de la casa adquiriría algunas varas de embutidos para unas nuevas fundas de almohadas; las niñas se proveían de alfileres, horquillas y carretes de hilo y el niño, de un monillo que subía y bajaba por una varilla de madera; la cocinera no dejaba pasar la ocasión sin comprar una escobetilla para el pelo y un espejito de caja circular de hoja de lata, y sobre cuya tapa se ponía aquél vertical; la ama de llaves compraba una nove-



na ó un pequeño Lavalle, edición de Murguía; y las criadas unos aretillos de similor y un fistol con mosaiquillo de vidrio y si sabían leer, versos amatorios de Sixto Casillas y hasta el portero no dejaba escapar al Mercero sin obtener de él un catecismo de Ripalda para su hijo que concurría á una escuela lancasteria-

na. Tal era el tipo que describo y del cual existen todavía algunos ejemplares, debiendo contar entre ellos á los *baratilleros* al pormenor que en los mercados públicos ó á la puerta de una iglesia atraen á sus parroquianos leyendo en alta voz versos y consejas como los antes expresados.



XIV

EL PULQUERO.

EL cura y el pulquero, mala la comparación, tienen un punto de contacto: los dos bautizan, nada más que aquél lo hace con poca agua para cristianizar á individuos de la especie humana, y éste con mucha para acrecer y desvirtuar el jugo del maguey. Guadalupe Hidalgo, Cerro Gordo, Atzacualco, Santa Clara Cuatitla y San Pedro Xalostoc, eran los lugares en los que el antiguo pulquero hallaba el elemento de que necesitaba para sus bautizos, elemento que por contener carbonato de sosa era favorable al licor de la Reina Xochitl, en tanto que hoy, las acequias en las afueras de la ciudad, le prestan su favor para descomponer la blanca bebida.

No puedo pasar adelante, querido lector, sin referirte la astucia de que se valió la propietaria de una gran hacienda de los Llanos, para hacer caer á los pulqueros en el garlito, mandando al efecto disolver añil y almagre en los charcos que en opinión de muchos eran los

bautisterios; como los conductores ejecutaban la operación, de noche, no advertían aquella circunstancia tan desfavorable para su intento y su sorpresa era inmensa cuando al entregar el licor en las casillas, aparecía ligeramente teñido de azul ó rojo.

Nadie ignora lo que es hoy un pulquero, como tampoco ignora lo que son las pulquerías de las que se encuentra una á cada veinte pasos, con sus lujosas y cursis paredes y no pocas con sus inmundos pavimentos encharcados con un líquido que, por decencia, no quiero nombrar, ni deja de conocer la manera con que es conducido el licor de las haciendas á la garita y de ésta á las pulquerías, ni los pocos puleros procedimientos en el lavado de las tinajas y en la traslación del blanco *neutli* de las pipas á las jarras medidoras, á ciencia y paciencia de todo el mundo, ni, por último, la aglomeración de gente del pueblo en las casillas y las riñas originadas generalmente por

causas baladíes de las que resulta el derramamiento de sangre y á veces, la muerte de un individuo. Pues si todas estas circunstancias te son bien conocidas, mi buen lector, te referiré las que caracterizaban á las pulquerías de otra época.

Hubo un tiempo en que esos establecimientos eran inmensos jacaes cuyos techos de dos aguas, formados de tejamanil, descansaban en pilares de madera ó piedra. Levantábanse en las plazuelas apoyando su lado principal en un alto muro que, generalmente, era la parte posterior de algunas casas, de manera que por los tres lados restantes ofrecían grandes vanos sin puertas. El piso era de tierra apisonada y ante el expresado muro hallábanse armazones de madera gruesa, los que sustentaban los barriles del pulque y, arriba de éstos, vasos cónicos de vidrio, lisos ó acanalados, así como algunos cajetes y jícaras que constituían otras tantas medidas. Las barricas hallábanse pintadas de rojo, verde, y azul, con letreros que les daban nombres, como *La Vencedora*, *La Niña*, *La Sultana*, *La Reina*, *La Valiente*, etc. Arriba de las tinajas hallábase pintada la pared con figuras que representaban, ya un moro con reluciente alfange en una mano, y la cabeza de un cristiano en la otra, dominando un gran letrero que decía: *Pulquería del Moro Valiente*; ya el fiel escudero de Don Quijote en su burro, y arriba, con grandes letras escrita, la denominación: *Pulquería de Sancho Panza*.

El pulquero, un tanto regordete, pues parece que los bebedores de pulque tienden á la obesidad, y vestido de largo algodón listado de azul ó rojo, hallábase de pie al lado del aparato descrito, y gritaba, de vez en cuando, con toda la fuerza de sus pulmones:

“Dónde va la otra,”

grito que, sin duda, se refería á la medida ó sea el vaso que contenía cierta cantidad de licor por precio determinado.

Mientras, dos pelados, sin más traje que su camisa y calzón de manta, apuraban sendos cajetes de pulque otros jugaban sobre el piso de tierra á la rayuela con tejos de plomo ó con cuartillas ó tlacos, que eran las monedas corrientes de cobre y no pocos se dedicaban al juego del rentoy.

En algunas pulquerías era una mujer la expendedora de pulque, elegida entre las boni-

tas y vestida con la gracia de las *chinas poblanas*, de cuyo tipo he tratado en mis artículos relativos al Corpus, Semana Santa y Evangelista. Era natural que tal vendedora atrajese al expendio mayor número de parroquianos; mas como casi siempre se hallaba á su lado un individuo llamado el *matón*, y era el padre, hermano ó amante de la misma, originábanse algunos pleitos que se generalizaban, hasta el grado de hacer necesaria, para mantener á raya á los contendientes, la intervención no sólo de la Policía, sino de la fuerza armada.*

Poco á poco fueron desapareciendo esos jacaes, con motivo de las nuevas construcciones, que tendían á regularizar la ciudad, y fueron estableciéndose las pulquerías, no sólo en

* Las Pulquerías del género de las mencionadas existían en los lugares siguientes:

P. del Águila.—Puerta Falsa de Sto. Domingo y callejón de Altuna.

P. de la Viznaga.—Plazuela de la Estampa de la Misericordia.

P. de la Bola.—En la de este nombre, á espaldas de Tepechichilco.

P. del Jardín.—Al sur de la manzana comprendida entre la calzada de Santa María y callejón de la Habana.

P. de las Papas.—En el callejón de este nombre.

P. del Recreo.—Calle Estanco de Mujeres.

P. de Sancho Panza.—Plazuela al norte de la Estampa de San Lorenzo.

P. de San Martín.—Cerca de Tlaltelolco, en el lugar sin duda, en que existió en los primeros años de la Conquista la ermita de este santo.

P. del Puente Quebrado.—Plazuela de la Polilla.

P. del Tornito de Regina.—En la calle de este nombre, acera que mira al Norte.

P. del Arbol.—En la plaza de su nombre.

P. de la Florida.—Calle de la Buena Muerte.

P. de los Gallos.—Calle de San Felipe de Jesús.

P. de la Garrapata.—Calle de las Recogidas.

P. de Tenexpa.—Plazuela de su nombre.

P. de las Granaditas.—En la plazuela de su nombre, por Tepito.

P. de Celaya.—En la calle de su nombre.

P. del Tepozán.—Calle de Santa Ana.

P. de los Cantaritos.—Al oriente del Carmen.

P. de Juanico.—Al oriente del Callejón del Armado.

P. de Mixcalco.—En la plazuela de su nombre.

P. de Solano.—En el Puente de su nombre.

P. del Agua escondida.

P. de los Camarones.—Plazuela de su nombre.

P. del Puente del Santísimo.—Calle de Nuevo México.

P. de Cuajomulco.—Plazuela de su nombre.

las calles de los arrabales, sino aun en las del centro de la ciudad, y andando el tiempo fueron aquéllas desplegando gran lujo en su decoración, apelándose para ello á verdaderos artistas, que á falta de protección por parte de los potentados, hallaban su refugio en esos lugares, en que todo era verdaderamente prosaico y vulgar. Adoptáronse por títulos de esos establecimientos nombres de las novelas más en boga entonces, como *Esmeralda*, *Los Mosqueteros*, *El Espía del Gran Mundo* y *el Judío Errante*, ó bien el de algunas óperas, como *La Norma*, *Semíramis* y *La Sonámbula*. Muchos de los pulqueros abandonaron el algodón de lino y adoptaron la chaqueta, y otros aviniéronse á permanecer en mangas de camisa.

Había en las muestras de algunas pulquerías títulos que por hallarse divididos, mitad hacia una calle y mitad hacia otra resultaban disparatados, como éste:

Por un lado.

Pulques
de los
Pate
nº

Por el otro.

finos
Llanos
nete
6.

Letreros que sólo podían juntarse vistos desde la contraesquina de la pulquería y leerse así:

Pulques finos
de los Llanos
Patenete
nº 6.

Lo más gracioso del caso era el agravio que el pintor había inferido á la gramática con su barbarismo *Patenete*. Muy comunes eran las muestras disparatadas de las casas de comercio, según he tenido ocasión de exponer en el artículo "Tribulaciones de un Regidor de Año."

Los asuntos políticos de aquellos tiempos de tal manera traían excitados los ánimos de las gentes, que hasta en las pulquerías se hacía alusión á las personas, razón por la cual veíanse pintados en la pared de uno de esos establecimientos varios gansos, cuyos picos eran de diferentes dimensiones con letreros, arriba, que decían: ¡Ah qué picos! ¡Ah! qué piquitos! ¡¡Ah qué Picazos!! aludiendo á unos señores liberales de ese nombre.

En otro hallábase pintado un burro, de cuyo hocico abierto y levantado salía esta sílaba repetida: *Hu-hu-hu*. y abajo el indispensable letrero que decía: *Un candidato á diputado*.

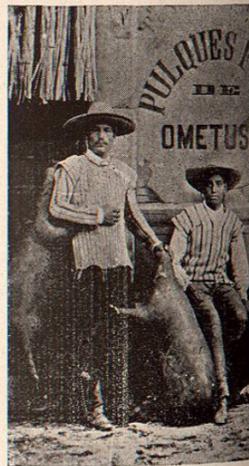
Y por el estilo muchos hechos pudiera referir.

A consecuencia de una disposición de la autoridad, que prohibía á los bebedores permanecer en las pulquerías, el encargado de una de éstas fijó en lugar visible la siguiente prevención.

Vayan entrando,
Vayan bebiendo,
Vayan pagando,
Vayan saliendo.

El pulque siguió trayéndose en odres sucios de cochino, á lomo de burro y de mulas, ó bien en carros, no dejando los tales cueros y el traqueo de producir el olor nauseabundo del licor. No cabe duda que hoy los transportes por medio de carros especiales de un ferrocarril y en las pipas de madera, determinan un adelanto en el ramo de que se trata, pero no en lo concerniente á la limpieza, pues el asunto, en todos sus pormenores, es asqueroso. Sucio el licor, sucios los barriles, sucio el conductor, sucio el medidor y sucias las tinas. ¡Parece increíble que tanta mugre produzca tanto dinero!

Antes, como hoy, la primera operación que se ponía en práctica en las pulquerías, mientras desempeñaba su oficio el *topador* ó sea el que salía á recibir el pulque á la garita, montado en su jamelgo, era el lavado de las tinas y disponer en orden las *medidas* y los *juguillos* que solían distribuirse á los marchantes los domingos. A poco aparecían los cansados bu-



PULQUEROS.

ros ó los carros que conducían los consabidos cueros repletos del blanco licor. Inmediatamente procedía el *jicarero* ó sea el expendedor del pulque á recibir éste midiéndolo en un cubo de hoja de lata, cuya capacidad era de 60 cuartillos. Para esta operación, el arriero en la calle, desataba la correa de la boca del odre y vertía en aquel cubo el blanco y espumoso *neutli* que era transportado de allí á los barriles de la casilla, y tanto el conductor como el *jicarero*, no se preocupaban, ni poco ni mucho, con manosear de lo lindo aquel líquido que habían de dar á beber, después, á sus semejantes. Lo que acontece y seguirá sucediendo, si Dios no lo remedia.



LA ENCHILADERA.

La autoridad municipal daba á las pulquerías la denominación de Casillas, distinguiéndolas con números correlativos para el pago

de la licencia de instalación y del derecho de patente. Generalmente en alguna de las puertas de la casilla se instalaba la *enchiladera*, que vendía á más y mejor el picante aperitivo para las libaciones del pulque.

Muchas veces una murga de lo más destemplada lastimaba, desde muy temprano; los oídos de los vecinos, á quienes se anunciaba la apertura ó renovación de una casilla, la que en tales momentos aparecía con enramadas de sauz en sus puertas y banderillas de papel ó lienzo y muy pintada y enflorada en el interior.

Desde muy temprano veíanse á los borrachines que andaban tambaleándose por las calles, pudiendo distinguir fácilmente al que había *hecho la mañana* con pulque, del que la había efectuado con chinguirito. Aquél, por lo pesado, embrutecido y pendenciero y éste por lo alegre, decidor y divertido.

Tales son los pormenores que puedo darte, mi buen lector, acerca del *pulquero* y de las *pulquerías*.



GRUPO DE COCHEROS GUSTANDO EL "NEUTLI."

